

Con amor... todas las cosas son posibles



Estaba pensando en los mares del sur y en el olor dulce de las papayas cuando encontré en mi buzón una de las innumerables cartas mal fotocopiadas que hablan de las vueltas que han dado al mundo para dar buena suerte a los que se lo toman en serio y envían 20, 40 o cien copias de la misma. Nueve vueltas al mundo dando amor y buena suerte y había sido yo el elegido, ¡enhorabuena!. Aunque sí, en cuatro días, no hacía las respectivas copias, encontraba los sobres adecuados y me enteraba de las tarifas de correos para enviarlas, habría roto la cadena. ¡Y esto no es una broma!, sentenciaba. Habría cortado la buena racha, los buenos augurios que se desprenden de algún misionero del caribe, algún filántropo perdido o simplemente uno de tantos milenarista supersticioso.

Como digo, a mí me pilló desprevenido, sumergido en las antípodas, rodeado de mulatas de pelo azabache y soñando con todo tipo de olores voluptuosos que hieren la atrofiada sensibilidad de las buenas costumbres. Pero en el fondo de mi alma estaba añorado de amor, de ese amor que se siente, que se anhela, que te hace ir muy hacia atrás o demasiado hacia delante en el tiempo pero que es muy difícil de explicar y, en estas, la carta no dejaba de decir que, con amor todas las cosas son posibles. «¿Por qué no lo intentas?, me dije».

Heme aquí pues, haciendo una carta de amor. Yo que no he podido ni con aparatos sofisticados ni libros eruditos, ni aún menos con mi pequeña experiencia,

distinguir el trecho que media entre el amor terrenal y el Amor divino, ni encontrar clave alguna que pudiera distinguirlos con nitidez me veo abocado a una carta incierta que tiene que girar muchas más vueltas alrededor del sol antes de que se corrompa o tome senderos insospechados. No obstante, en este proceso de búsqueda, encontré muchos tipos de amores que ninguno de ellos pude desdeñar, y aún menos elegir:

Hay un amor que todos conocemos, que surge de pronto, informalmente, que sube como la hiedra y que se retuerce cuando no le dejan alcanzar su objeto de amor. Es un amor caliente como las llamas que se enreda en el sexo formando capas oscuras de placeres y convulsiones orgásmicas. Y que arremete contra el otro y a pesar del otro, sentido como se siente, como una fuerte necesidad imperiosa e incontenible. Pero es un amor que limpia como una catarata o que ahoga con su ímpetu. Tiene que ver con el instinto obcecado, siempre presente. Es un amor fogoso, brabucón y buscavidas, que promete mucho pero que en el fondo es muy frágil. Le gusta hacer risas.

Hay otro amor tan viejo como éste que se mira constantemente en un juego de espejos. Yo, tu, ellos Un amor que habla de sentir cerca y de sentir lejos. De querer estar entre iguales, confundido o de rechazar lo diferente, visto como peligroso. Este amor dice: me gusta, no me gusta, y se fusiona y se separa dependiendo de gustos antiquísimos o nuevas imágenes remozadas. Como el otro, éste también se enreda pero en complejos laberínticos del querer ser, ayudado, no olvidemos, de la capa social que lo nutre. Proyecta y se proyecta,

confunde y se confunde, y necesita urgentemente ser, aceptado aunque diferente. Es un gran amor propio, totalmente genuino. No hay que llevarle la contraria.

Es diferente del amor ciego. Éste, cuando llega el momento le tiemblan las piernas ante el vértigo del vacío. Su objeto de amor se coloca al otro lado del abismo y le incita, le tienta. Este amor, como Cupido, no tiene otra que vendarse los ojos para poder ver lo que no existe, para trazar puentes inexistentes y deambular como un sonámbulo. Bendito enamoramiento que permite escapar de las viejas prisiones que nos amordazan aunque sea con la precaria pértiga de la idealización. Es el amor ideal que cura las heridas narcisistas. Dicen que no dura mucho.

En cambio el amor esclavo dura toda la vida. Es un amor fijo, inmutable, casi por contrato. Uno secciona la mitad de su ser y lo tira a la basura, el otro hace lo mismo y ambos forma una unidad indisoluble. Ahora bien, ante el menor gesto extraño nacen las suspicacias, los temores y las estrategias de control. La felicidad de uno reside en el otro y así uno se vuelve cárcel y carcelero. Es el amor de foto en la vitrina mientras se sueña buscando en las basuras no sé que cosa perdida.

Muy cerquita de éste está el amor odio que tiene música de tango y letra de bolero. «Ni contigo ni sin ti», así son las cosas. Hay que amar intensamente hasta agotarse. Entonces, en el vacío que queda cuando el otro no te ha dado la imagen más completa, el paraíso anhelado, hay que odiar igual de intensamente –o más– para recuperar las antiguas ruinas de lo que fuímos. Y al

descubrir nuevamente el vacío de lo que somos caemos otra vez en la tentación, y así sucesivamente. Hay culebrón asegurado.

En cambio el amor caníbal es un amor más civilizado. Uno de los dos, el más necesitado, el más inseguro o el que más idolatra al otro comienza un proceso de transformación. Araña y muerde con facilidad en los encuentros amorosos y dice a menudo «te voy a comer». Detrás de este amor hay una vocación antropofágica, una fijación lobil de los cuentos infantiles. Día a día engullimos partes del otro y las digerimos lentamente para quitarle a éste toda posibilidad de interferencia, para que, de una vez por todas, no traicione nuestro equilibrio interno. No obstante, después del banquete las pesadillas nunca más fueron sueños.

El amor entrega es otra cosa. Es darlo todo por nada, sacrificarse por encima de todo y caiga quien caiga. Lo único importante es dar, estar disponible, cubrir toda necesidad del otro para olvidarse de sí mismo. Como una especie de sopor que envuelve al otro hasta inmovilizarlo, con todo el corazón. Amor de madre, amor nutricio, sabor de leche caliente que todos buscamos, acurruco fusionales que se pueden dar y quitar. Poderosamente.

Tan poderoso como el amor galante que dice siempre sí. Sí a esto y sí a lo contrario sin implicarse nunca en nada. Es el buen adulador que echa flores en el jardín ajeno hasta ruborizar a cualquiera sabiendo de antemano que será bien considerado. Es el astuto mentiroso que descubre el corazón tierno, la vanidad ingenua del otro. Es el amor donjuanesco que busca donde sabe que no encuentra porque no quiere mirar dentro.

Y repite el mismo acto amoroso sin mirar al rostro, diciendo amor cuando lo único que siente es compulsión. Lo descubrirás por su sonrisa.

También encontramos el amor brujo que sabe de todas las artes y hechicerías del amor. Es un amor mágico, envuelto en efluvios magnetizantes pero también trágico pues mantiene al otro entre las cuerdas del destino y de la predestinación. Es un amor que roba los corazones para hacer sopas espesas o para utilizarlo de almohadilla de agujas y alfileres. Hay que tocar madera.

Estos últimos están muy lejos del amor filántropo. Esas ideas amorosas sobre el género humano y esas virtudes excelsas puestas en las divinidades pero que en el fondo son pura humanidad. Es el amor que desempolva las viejas utopías para seguir creyendo en que todo tiene un sentido abarcable por nuestras mejores razones. Es la satisfacción de un amor perfecto, platónico que cree no dejar a nadie en la sombra de lo abyecto, de lo humanamente monstruoso. Es el amor altruista que a menudo está fuera del conflicto. Le gusta la poesía y la filosofía.

No olvidemos que la fe que mueve montañas y que el amor fanático es capaz de llevarte ensangrentado hasta la cumbre o ganar batallas feroces. Tal es la fuerza de la fe pero también de su consorte el miedo. Es el sentimiento devoto ante el Dios todopoderoso, la Verdad Única, la Razón contundente e inapelable. Así sea, así sea por los siglos de los siglos con la cabeza gacha, con la plegaria monótona, con las razones simples. Con ira, abierta o contenida, pero siempre por el bien de

todos.

El amor al prójimo no es lo contrario del amor propio, en verdad se parecen un poquito. Ya lo decía Jesús, «ama al prójimo como a ti mismo» y es que la alteridad nos remite siempre a nuestra propia interioridad. Amar a los otros es como amar la otredad que nos vive, no hay mucha diferencia. La consigna es poner la otra mejilla.

Y está el amor Amor que consiste en amar porque es el propio estado natural. Sin esfuerzo, sin intereses y sin objetivos. No es un amor que va y viene pues está presente como está el perfume de una flor. No es una cuestión milagrosa y habitualmente pasa desapercibido. Nunca reclama la palabra amor y no está dispuesto a hacer concesiones. Pertenece al alma cuando sonrío y cuando percibe la simplicidad de la vida al dejar de estar separado de ésta. Siempre envuelto en un mundo infinitamente desconocido. Probablemente el amor no es nunca lo que uno se imagina y aunque está por doquier somos ciegos ante su cercanía.

Ahora bien el amor nunca es de uno aunque lo experimente y se vuelca al otro sea éste quien sea, porque el amor es un niño, un dios ingenuo que no le importa en absoluto la importancia personal que lastra el amor que vivimos.

Recuerda, esta carta debe abandonar tus manos antes de que la luna deje de maravillarte y antes de que las selvas desaparezcan. Envía tantas copias como quieras. Añade nuevos amores y rehaz los que consideres. Mucha gente ha sido sorprendida por esta carta y ha mejorado su

vida al transmitir esta cadena de amor, o
no –nunca se sabe. Pero no olvides, con
amor todas las cosas son posibles.

Julián Peragón
